

De lo visible, lo invisible, lo estigmatizado y lo prohibido

¿Podemos detectar síntomas de creatividad política entre la juventud actual?. Este artículo intenta problematizar la afirmación sobre la desafección y la apatía juvenil. Los comportamientos juveniles se analizan, habitualmente, desde parámetros comparativos que invisibilizan actividades y discursos de los y las jóvenes que pueden resultar significativos puestos a investigar la potencialidad política de la juventud. Determinados proyectos no son tenidos en cuenta porque en sus contenidos o en sus formas atentan contra cuestiones que el mundo de los adultos considera incuestionables o califica de insignificantes. Estudiarlos nos descubre qué asuntos y qué maneras de actuar son especialmente sugestivas para el sector juvenil y por qué, lo que amplía nuestra visión de lo que hacen y de lo que son. Eludiendo la lógica de los grandes números aquí se subraya la conveniencia de estudiar algunos fenómenos “no” mayoritarios, siempre y cuando de ellos puedan derivarse transformaciones en el ámbito público.

Palabras clave: participación; movilización; creatividad política; nueva política.

1. Introducción⁽¹⁾

Este primer artículo, de carácter fundamentalmente especulativo, se presenta como introductorio al resto de los que se encontrarán en esta revista. La lógica de su redacción es la de plantear líneas de reflexión en torno a la cuestión de la *posible creatividad política de la juventud* que serán posteriormente investigadas y analizadas en artículos posteriores. Comienzo cuestionando la afirmación sobre la generalizada despolitización y apatía juvenil, para lo que contextualizo los datos sobre participación de los jóvenes comparándolos con los de otras poblaciones y otros momentos históricos. Expongo, a continuación, líneas de pensamiento y visiones ideológicas que sustentan tanto la preocupación actual por la inactividad juvenil como la apuesta por incentivar y estimular su compromiso. Unas precisiones teórico metodológicas para distinguir entre participación y movilización nos introducen en la reflexión y justificación del campo empírico, describiendo en los dos últimos apartados la selección de prácticas y actores que se explorarán en los artículos que siguen. Con todo ello pretendo identificar con la mayor precisión posible el tipo de comportamientos que estudiaremos en este volumen y el objetivo primordial del mismo que no es otro que mostrar una imagen de juventud distinta aunque complementaria y coexistente con la de la indiferencia hacia lo público.

Partiendo de una visión minimalista de “política” reduciéndola (o ampliándola, según se mire) a la gestión de lo común, a la articulación y gobierno de lo colectivo a través de determinadas prácticas y procedimientos, estudiaremos algunas actividades participativas pero sin ajustarnos a los indicadores estándar de participación (afiliación a partidos, sindicatos, asociaciones, o participación electoral). Si aceptamos que existen modos hegemónicos de

(1)
Quiero agradecer su colaboración a Ramón Adell y Jaime Pastor.

interpretar, analizar y evaluar la acción política podemos convenir que hay una serie de condiciones que condicionan la interpretación y hasta la percepción de algunos comportamientos predominantemente juveniles como posibles prácticas políticas. De este modo, podemos plantearnos que, a lo mejor, mas que ante una despolitización de la juventud nos encontramos, por un lado, ante una juventud que es mayoritariamente apolítica (exactamente como la mayoría de sociedad adulta). Por otro, con una juventud que actúa a través de mecanismos y procedimientos que resultan mas difíciles de identificar desde los patrones clásicos de la acción política, pero que abren caminos a la transformación cultural y que, entendida la cultura en su sentido mas profundo de interacción, dinamización y sostén social, podrían suponer cambios en la dimensión política de nuestras vidas. La reflexión se encaminará en torno a si debemos aceptar como “políticas” algunas prácticas de acción colectiva que se gestionan al margen de la lógica de las instituciones. Se trata de actividades que se sostienen en la dramatización social, la espectacularización de los discursos, o el diseño de escenarios que no por el hecho de ser distintos, cambiantes o fragmentados carecen de sentido. En dichas prácticas se desdibuja la diferenciación funcional de la política en relación con sus límites clásicos que separan la vida cotidiana de la institucional, la esfera pública de la privada; y así, favorecen la adecuación entre la vida política de los individuos y la dimensión social de su identidad personal.

2. La falacia de la gran preocupación: Los jóvenes no participan. ¿No participan?

La imagen ampliamente extendida de los jóvenes como el producto más refinado de una sociedad hedonista, individualista y materialista, presenta este sector de la población dominado por la apatía en relación con los asuntos públicos y el egocentrismo ausente de compromiso. Quien se acerca a las Administraciones dedicadas a gestionar cuestiones de juventud en poco tiempo topará con la “gran preocupación”: *los jóvenes no participan*, son apáticos, van a lo suyo,...y, como consecuencia ¿qué podemos hacer para solucionar lo que parece ser un grave problema? Bien, ya sabemos, los jóvenes no participan. Pero ¿qué sentido tiene sorprenderse cuando vivimos en una sociedad con uno de los índices mas bajos de participación de nuestro entorno cultural? Según datos del estudio *Jóvenes y Política* de 2005 (Megías, 2005) un 31,8 % de la juventud española manifiesta no sentir ningún interés por la política. Pero es que, según la European Social Service de 2003 la población española presenta el índice más bajo de “interés por la política”, no le interesa “nada” al 36% de los encuestados, tan solo dos puntos por encima de Portugal; y siguiendo el Barómetro del CIS de Enero de 2006 para el 36,8 de la población española la política es nada o muy poco importante. Como vemos, no resulta probado que el estereotipo de apatía e indiferencia hacia lo público defina mejor a los jóvenes que a los adultos. ¿Por qué esperar que los jóvenes sean muy distintos de los mayores? Pero es que, además, si hacemos una valoración contextualizada, no está tan claro que los jóvenes no participen de modo significativo, por que ¿quiénes no participan? ¿en qué no participan?, ¿en relación con qué, o con quién o con cuándo no participan?. Todavía resulta menos evidente por qué ha de ser interpretado como “problema” y no como una evidencia bastante congruente con el medio histórico cultural en que se ubican. Vayamos por partes tratando de identificar la singularidad juvenil en relación con lo que nos ocupa.

Nuestros jóvenes participan poco ¿en relación con qué? ¿En relación con los jóvenes suecos que han crecido viviendo la práctica democrática activa de sus padres, que cuentan con un número incomparablemente mayor de asociaciones, por lo tanto, de estímulos, requerimientos, ofertas, oportunidades, con la costumbre y la tradición de vivir lo colectivo? ¿Con los jóvenes americanos en cuyos barrios las asociaciones ciudadanas son las encargadas de gestionar lo común con una idea de Estado y una configuración de administración pública que en poco se parece a lo que nosotros concebimos como Estado Gran Padre Protector - Conseguidor? Claramente, si comparamos en estos términos no se entiende la sorpresa. Pero, aún así, las pautas de diferenciación no son tan claras entre los jóvenes españoles y los de otros países. En algunos aspectos, incluso, son bastante similares.

Por ejemplo, la mayor diferencia entre generaciones en todos los países se encuentra en la participación electoral, siendo una constante que los jóvenes votan menos que los adultos y más a los partidos extremos, radicales y nuevos que las generaciones que los preceden (Anduiza, 1999; 2000; Anduiza y Bosch, 2004). Sin embargo, en lo relativo a la participación electoral -aunque no sea este asunto motivo de atención especial en este texto-, señalo un dato que interesa de cara a la reflexión sobre la idiosincrasia juvenil. Al menos para el caso español, la abstención electoral juvenil no solo es mayor sino que es cualitativamente distinta de la de los adultos. Mientras la de los mayores es, lo que se denomina, de tipo técnico (debida a causas ajenas a su voluntad), según los estudios de Mateos (2001) los jóvenes justifican, mayoritariamente, su abstención como una elección, una expresión de crítica al sistema y manifestación de rechazo. Podemos enlazar este dato con la pregunta avanzada en la introducción: ¿cabe detectar síntomas de creatividad o dinamismo político entre nuestros y nuestras jóvenes?, y derivarla en la siguiente ¿qué representa un alto porcentaje de abstencionismo activo?. Encontramos aquí un primer cabo que hilar en el tapiz que iremos tejiendo en torno a la indiferencia, el compromiso y el pronunciamiento juvenil.

En relación con la participación en proyectos de acción colectiva, las diferencias entre generaciones se diluyen y se transforman, incluso se invierten si distinguimos entre tipos de prácticas. La participación en asociaciones es menor que la electoral en todos los grupos de edad, pero disminuyen las diferencias intergeneracionales. Es decir, si el voto adulto se sitúa entre el 70 y el 80% y el joven entre el 50 y el 60% (Anduiza, 1999, 2004; Ferrer, 2005) con una diferencia intergeneracional de 20 puntos, la participación en asociaciones se sitúa entre el 30 y el 40% en la población general y las diferencias entre jóvenes y adultos se encuentran en los límites del tramo, siendo pequeñas, oscilantes según las investigaciones y variables en función del tipo de colectivos (Ariño 2003; Morales, 2005). Ahora bien, si nos atenemos al tipo de prácticas realizadas encontramos que los jóvenes son más numerosos en el trabajo voluntario, en la realización de actividades, y, sobre todo, en la presencia en manifestaciones; y, como resulta previsible, son los menos en la participación económica (Morales, 2005; Ferrer, 2005). En cuanto a la comparación con Europa, en la población juvenil las diferencias son menores que en los adultos, y cualitativamente se constata bastante homogeneidad. Los jóvenes participan más que los adultos en las organizaciones deportivas y en las relacionadas con las nuevas propuestas, como las medioambientales, y menos en las religiosas, partidos políticos y

sindicatos. Los jóvenes españoles están por encima de la media en las medioambientales y las culturales; participan más en las organizaciones benéficas; se sitúan en la media en las asociaciones cívicas y se afilian menos a los sindicatos (Wallace, 2003).

Planteemos el asunto de otro modo, ¿podemos decir que la juventud española actual es menos activa que la de generaciones precedentes? Si tratamos de hacer una revisión histórica el referente más próximo de movilización relevante lo encontramos en la transición y en los primeros años de la democracia. Propongo reflexionar sobre el peso que la movilización de aquellos años, y su recuerdo, pudieran estar teniendo en las interpretaciones sobre los índices de movilización y los comportamientos de la juventud actual. La movilización social que acompañó y reforzó el proceso de cambio político contó con un importante apoyo de un sector de la juventud. Aún cuando los datos de que disponemos son fragmentarios y no del todo concluyentes, apuntan un acusado nivel de activismo de determinadas cohortes que vivieron su periodo juvenil entre 1968 y 1978 ubicadas, principalmente, en el sector universitario (Maravall, 1978; Pastor, 1998) y en ámbitos parroquiales activos en la resistencia antifranquista, siendo ambos canchales de reclutamiento de jóvenes en favor del futuro régimen (Funes, 1995 a.). Según datos del Instituto de Opinión Pública para el año 1977, las cohortes situadas entre 21 y 30 años fueron comparativamente mucho más activas en la asistencia a mítines, manifestaciones, afiliación a partidos y actividades de propaganda. Es decir, todos los indicadores de activismo y movilización señalan a este sector de edad como el más implicado (Alcobendas, 1977). Desde el punto de vista cualitativo podríamos decir que este periodo y sus acontecimientos supusieron una intensa experiencia de socialización política para buena parte de lo que serían las élites políticas de la democracia. Como señala Pérez Díaz, la universidad española había desarrollado una cultura política hostil al régimen y la participación en actos de protesta y agitación contra las autoridades políticas se convirtió en pauta de socialización y rito de iniciación de las nuevas generaciones (1994:32) (2).

Considero que la “transición política” española puede ser analizada como uno de los mitos de nuestro presente con consecuencias evidentes a muchos niveles y que, a su vez, se sostiene en otra realidad también parcialmente mitificada: el fenómeno de agitación y movilización política de “los sesenta-setenta”. Ciertamente, en aquel periodo, tanto en el interior del país como en los países de nuestro entorno cultural la apertura de expectativas y oportunidades una vez superadas las secuelas de la segunda gran confrontación bélica, permitieron la formación de unos marcos cognitivos altamente movilizadores que impactaron, sensiblemente, en determinados sectores de la juventud. En parte, se vivió una suerte de “contagio” y cierto mimetismo muy propio de la acción reivindicativa de tipo expresivo característica de la protesta. Este periodo supuso un punto álgido en el ciclo de la movilización política tanto en Europa Occidental (principalmente en Francia, Italia, Alemania y Reino Unido) como en Estados Unidos (Tarrow, 1989; McAdam, 1988; Morris, 1984). Fue el primer momento en que la juventud como categoría social cobró centralidad en un tipo de acción política, al protagonizar episodios que adquirieron relevancia histórica, entre otras cosas por su espectacularidad que profusamente explotaron los medios de comunicación de masas. Posiblemente, en otras épocas también fueran cohortes de poca edad las más intensamente activas pero, sin embargo, no eran “jóvenes” en el sentido sociológico que hoy atribuimos al

(2)
Apuntan aquí los rasgos que definen la población que protagoniza la movilización social y política: jóvenes con alto nivel educativo. (Kitschelt, 1992; Rutch, 1992; Kriesi, 1993, entre otros).

término (3) ni se asoció su éxito a la categoría de edad. En España, a la sinergia provocada por los motivos de la movilización internacional se unían otros de política interna.

La pregunta que guía mi reflexión es si al evaluar los índices de movilización o participación actuales no está pesando en España una visión un tanto romántica, tal vez algo distorsionada, de esos episodios pasados. La hipótesis de trabajo que propongo es la siguiente: la percepción de *apatía y desafección juvenil* se sustenta, “en parte”, en una imagen un tanto idealizada y distorsionada de la transición política y sus consecuencias. Dos son los argumentos a considerar. Por una parte, encontramos la visión de quienes confiaron en que cuando hubiera oportunidades políticas democráticas viviríamos en un mundo político activo, comprometido y solidario, como si de la creación de oportunidades objetivas (suponiendo que éstas sean tales y tan claras) se sucedieran de manera casi mecánica cambios en los comportamientos. La decepción es la resultante al comprobar que los jóvenes de hoy que tienen las oportunidades políticas que las generaciones previas hubieran deseado para sí no actúan como hubiera sido esperable. A nivel popular se trata de un planteamiento casi de pensamiento mágico que no tiene en cuenta la dificultad de los procesos de cambio, la lentitud histórica y la complejidad de la transformación social en la que se entrecruzan distintos niveles de realidad que cambian con desigual celeridad. A nivel académico recuerda los enfoques institucionalistas que aspiran a que los cambios institucionales conduzcan sin mucha más mediación a cambios en las pautas sociales, infravalorando las dimensiones culturales y ambientales menos sensibles a los cambios normativos (4). Pero junto a la sobrevaloración de las consecuencias del cambio institucional encontramos los efectos de la memoria idealizada. Para algunas generaciones y en algunos contextos, el carácter mítico del que se ha rodeado aquellas experiencias ha convertido los tiempos y los modos de la transición en punto de referencia, y cuando se alude al bajo nivel de implicación actual o cuando se define cómo ha de ser la juventud comprometida pervive aquella como modelo, modelo que, por otra parte, cada vez parece más inventado que real. Ello explicaría que, en la visión más optimista, se afirme que ahora los jóvenes se movilizan “sólo” de manera discontinua y fragmentaria, en episodios concretos y por causas singulares, sin una visión de conjunto sino con planteamientos parciales. Es decir, al comparar desestiman y devalúan el grado y las razones de la implicación actual.

Pero, ¿es que acaso tendría sentido que las formas de la movilización fueran hoy igual o parecidas a las de entonces?. ¿Por qué cabría esperar ahora una movilización liderada por una idea única y definida de convivencia política, con una estrategia de acción coherente y homogénea -que tampoco fue seguramente el caso entonces- cuando la situación es tan distinta?. ¿Por qué interpretar la movilización juvenil en términos de “menos o menor” y no como acompañada a los tiempos?. Los cambios hoy se aceleran de tal modo que vivimos en un mundo confuso y fragmentado, donde la pluralidad de opciones genera una aparente (o real,...) libertad de elección entre un abanico a veces inabarcable, pero, inevitablemente, también produce incertidumbres ciertamente incómodas (Beck, Giddens y Lash, 1994). Es más, ¿por qué los comportamientos y los propósitos habrían de parecerse cuando ahora hay un amplio nivel de satisfacción (o acomodación) con la situación política?. ¿Por qué habrían de ser similares a cuando a la insatisfacción y el descontento se sumaron expectativas de cambio creando

(3)

La construcción de “la juventud” como categoría social tiene una historia muy reciente (Ariés, 1990; Aranguren, 1961; Gillis, 1981).

(4)

En este sentido véase Roschneider (1990) que estudia la influencia de los aspectos culturales e institucionales al analizar el paso de las dictaduras a las democracias. En cuanto a la importancia de los factores culturales en la movilización, véase, entre otros, McAdam (1994).

el marco de oportunidad propicio para la transformación?. En definitiva, ¿es correcto aplicar los mismos patrones de comparación a situaciones que son política, económica y culturalmente, desiguales?

Indudablemente, los referentes del presente no son los del pasado y hoy las preocupaciones, las fidelidades, las lealtades han de ser de otro corte. Los cambios producidos en el imaginario social, en los valores sociales y políticos, en la estructuración de las relaciones, incluso en los marcos cognitivos que representan lo público y lo privado, lo personal y lo íntimo, no son los de hace treinta años. Las condiciones políticas, sociales, laborales, incluso personales de la juventud no son las mas adecuadas para que cristalice un marco cognitivo homogéneo y movilizador en torno a una cuestión aglutinadora. Los rasgos de la estructura de oportunidad política actual son marcadamente distintos y la posición de las instituciones públicas ante los agentes externos que tratan de incidir en la politeya ha cambiado. Las características del mercado de trabajo condicionan de manera diferente las posiciones y las posibilidades en términos de compromiso y disponibilidad de tiempo libre, muy especialmente las de los jóvenes. Las políticas redistributivas desde los ámbitos estatales, las percepciones y valoraciones del Estado y del lugar y la responsabilidad de cada uno en relación con lo público han sufrido variaciones. Las estructuras de representación política han experimentado transformaciones y deterioros evidentes en su imagen. Incluso, los referentes ante los que cada sujeto se interpela y se autoubica encontrando su lugar en el mundo, son representaciones de tipo global que provocan reacciones distintas.

Pero es que, además, dejando los factores estructurales y atendiendo a los personales, al investigar casos de movilización y analizar las oportunidades e incentivos a nivel individual descubrimos que las oportunidades sistémicas objetivas son tan sólo una parte de los estímulos para la acción, y que en sí mismas presentan una capacidad de movilización limitada. Es la percepción subjetiva e interrelacional de las mismas lo que configura un marco de motivación efectivo, y es en la interacción entre sujetos donde las oportunidades objetivas se convierten en subjetivamente plausibles. Como señala McAdam: “entre la oportunidad y la acción median las personas y los significados subjetivos que atribuyen a las circunstancias” (1988:48). Por ejemplo, no siempre estimula mas un marco legal de apertura que unas condiciones restrictivas; ni motiva mas una situación de estabilidad que una de riesgo. A veces, la certeza y la seguridad desaniman y la dificultad provoca y entusiasma, mas entre la juventud. En una investigación reciente sobre participación uno de cuyos ejes era la comparación intergeneracional, pude constatar la sensación de orgullo y satisfacción, a veces de aventura y protagonismo, que vivieron participantes en la resistencia clandestina contra el franquismo, donde la percepción de peligro intensificaba la emoción de la acción. Por contraposición, una sensación mas templada, cercana al aburrimiento, era la constante en jóvenes hoy comprometidos que añoran y rememoran con admiración aquellos tiempos (no vividos) en los que “todo estaba por hacer” (Funes, 2006).

Concluyendo, el estudio comparativo puede llevar a confusiones innecesarias que se evitan si aplicamos la visión cíclica de la movilización. Tanto la versión de Hirschman (1986) como la de Tarrow (1997), diferentes en sus planteamientos, ayudan a distinguir los picos de los valles, a entender cada periodo en su individualidad y en sus circunstancias, sin pretender mimetismos que desdibujan y neutralizan el significado de cada momento

del ciclo en su propia sinergia y su sentido. En unos momentos del ciclo político cabe esperar altos niveles de movilización, en otros tan sólo un sostén asegura un mínimo constante, algo así como el movimiento de bajo continuo en una pieza musical. Pero ello no elimina el significado político de cada ciclo, cuando existe, y la concatenación de todos ellos ayuda a comprender la sociedad que estudiamos. Por otro lado, junto al pliego de motivos circunstanciales que acompañan cada fase activa de movilización no hay que olvidar que se necesitan, también, condiciones operativas, requisitos de tipo práctico como el sostenimiento de la interacción, redes, infraestructuras organizativas que pueden desdibujarse y desactivarse a lo largo de los años (5). Sólo con estas matizaciones es correcto hacer comparaciones de distintos momentos históricos.

De lo hasta aquí visto podemos resumir diciendo que nuestra juventud no parece tan llamativamente “no” participativa si contextualizamos la información y la analizamos teniendo en cuenta sus circunstancias ambientales, dado que las comparaciones con poblaciones de referencia (población general, jóvenes de otros países, otras generaciones) no arrojan, ese saldo deudor. Pero, además, si junto a los datos estadísticos que lo corroboran observamos prácticas que no se registran en los estudios de encuestas, como iremos viendo en artículos posteriores, la implicación resulta mayor. En consecuencia, si no está tan claro que los jóvenes participen “llamativamente poco” habrá que preguntarse porqué y a quién “nos / les” parece tan poco. Dedicemos un espacio a analizar qué hay detrás de esta preocupación.

3. Por qué nos importa tanto que los jóvenes no participen

Cuando se presenta con preocupación la escasa participación juvenil parecería que nos encontramos ante la ausencia de un incuestionable bien, aunque no queda muy claro desde qué esfera se declara esta valoración tan taxativa. ¿Es tan singular la actitud de apatía como para anticipar problemas de convivencia o disfuncionalidad social de algún tipo?. ¿Acaso es tan llamativamente baja la participación de la juventud como para preocuparse por la sostenibilidad del sistema a medio plazo, sabiendo como sabemos que las democracias actuales se mantienen con niveles de abstención bastante altos?. Por lo que hemos visto en el apartado anterior no parece que los jóvenes estén desarrollando patrones muy distintos del resto de la sociedad, ni que de la implicación voluntaria dependa algo sustancial de nuestras vidas. Y en cuanto a la posible preocupación por el funcionamiento del sistema político más bien recibimos mensajes que nos inducen a pensar que éste funcionaría, perfectamente, “casi” sin nosotros aplicando los mecanismos de delegación y representación, dado que no está claro dónde se encuentra el límite que haría cuestionable la legitimidad democrática del mismo. Entonces, ¿por qué nos importa tanto que los jóvenes “no” participen?. Mejor, ¿qué hay detrás de esa preocupación?. Los discursos que consideran nuclear estimular la participación juvenil se sustentan en visiones del mundo, ideologías y planteamientos políticos que persiguen objetivos identificables y muy concretos, aunque no siempre claramente explicitados.

De un lado, encontramos el enfoque que valora la participación de los más posibles como objetivo normativo prioritario del sistema democrático, por razones de orden programático, es decir, para cumplir en su máxima

(5)
Aldon Morris (1984) denominó *posadas de movimiento* a núcleos sociales que permanecen inactivos durante un tiempo pero con capacidad de activarse. Klandermans (1992) utiliza el concepto de *redes sumergidas*, y el de *redes latentes* (McAdam, 1992) para señalar esas bases estructurales que permiten una continuidad, asegurando un cierto sostén de la movilización.

expresión posible con el propósito normativo de “poder (cratos) del pueblo (demos)”. En esta visión todo individuo es potencialmente sujeto político y ejerce tanto sus derechos como sus deberes ciudadanos en la política activa. Es el republicanismo cívico (Barber, 1984) que ve la participación como la máxima evidencia de madurez política de los ciudadanos. Es la democracia participativa (Pateman, 1970) que aspira a la implicación de cada uno en la gestión de lo que le es propio, es decir, lo público, lo colectivo. Esta línea teórica que proviene de la Grecia clásica, que encontramos ya bien definida en la famosa oración fúnebre de Pericles en las Guerras del Peloponeso de Tucídides, cuando Pericles recibe los cuerpos de los que cayeron en batalla y los homenaja porque afirma que murieron en defensa de algo mas que un territorio, en la defensa de un sistema, de un orden social: la democracia y de un modelo de ser humano el “ciudadano”. Es la visión tocquevilliana según la que el ciudadano libre es el que se ocupa de sus asuntos, es decir, de los asuntos “del común”. Es, en parte, la definición de los más modernos comunitarismos que ven en el compromiso explícito y activo con la comunidad de pertenencia la manera correcta de vivir y hacer política (Kimlynk, 1995). Aquí se pretende un *sujeto políticamente activo*, crítico y comprometido, que denuncia y protesta tanto como coopera y colabora, al implicarse en el engranaje de la vida política de su comunidad. Las administraciones públicas comprometidas con esta línea de actuación fomentan la participación para cualificar la democracia y estimulan la formación para crear sujetos capacitados.

Otros planteamientos inciden en otra dimensión y buscan otro tipo de joven participante, aquel que se solidariza con el mal ajeno, con la miseria o la desgracia de los otros, que colabora en el alivio de las injusticias sin cuestionarse el origen o las causas de los males que atiende. Es una participación que se acerca mas al compromiso cristiano y al ejercicio de la caridad que a la reivindicación y a la contestación política. Se fundamenta en posiciones humanistas, predominantemente religiosas aunque también pueden ser laicas, pero cuyo perfil político es bajo o inexistente. Más que el sujeto político se promueve *el voluntario* y desde las administraciones públicas se defiende el discurso de la cooperación entre sociedad civil y Estado, donde la ayuda privada no lucrativa de las organizaciones sociales garantizaría la atención a un menor coste y mayor eficacia, disminuyendo la carga económica para las arcas públicas. A grandes rasgos, en el primer caso se busca un joven de corte político y en el segundo uno solidario despolitizado. Mientras el primero incluye la innovación y la protesta, permite el cuestionamiento de lo existente y aporta creatividad a la vida pública, el segundo pretende una solidaridad “sin” política concentrada en objetivos concretos, parciales e inmediatos sin planteamientos globales, ni horizontes a largo o medio plazo. Se trata de un discurso moral y ético de baja o nula identidad ideológica (consciente) por parte de sus usuarios, pero sustentado y fomentado por una posición política intensamente ideologizada que desresponsabiliza al Estado de la atención social y de la tarea de la redistribución de la riqueza, la asistencia a la necesidad y la ignominia de la desigualdad, derivando estas tareas a la sociedad organizada. Frente al Estado protector y garantista del caso anterior aquí nos encontramos ante la defensa del Estado mínimo. Se establece una separación entre política y acción social y mientras que para la segunda cualquiera vale, sólo los más cualificados serían apropiados para la primera. En su versión más radical está representado por el discurso neoliberal (Hayeck, 1960).

En líneas generales, el primer modelo de sociedad y Estado sería el de los tiempos de estabilidad del Estado de Bienestar, donde las carencias se interpretaban como necesidades y responsabilidades públicas; y el segundo, el de su crisis, que atribuye las carencias y necesidades a la casuística individual, la falta de esfuerzo o tenacidad personal y, por ende, ubica las soluciones en el ámbito de la responsabilidad privada. La transformación paulatina del modelo económico ha unido lo que ya hace muchos años preconizaba Offe (1990) como la crisis financiera del Estado de Bienestar por causas internas, con la pérdida de autonomía de las economías nacionales como consecuencia de la internacionalización de la economía y la liberalización de mercados y capitales. Esta pérdida de control afecta en la tarea de redistribución del sector público. Junto a ello, la flexibilización y precarización del mercado de trabajo, la creciente remercantilización del sistema económico y la disminución de su dimensión social y solidaria, influyen en las demandas sociales y su cobertura. La inclinación hacia determinados ámbitos de la solidaridad privada complementa el movimiento de repliegue del sector público, y otro paralelo de acumulación en sectores privados que eluden cualquier responsabilidad en relación con la creciente polarización de la riqueza (Alonso, 1997). De ahí, el estímulo de la acción voluntaria como sustentadora de la asistencia y la intención de que las nuevas generaciones se formen en esta cultura de la atención a los problemas sociales como responsabilidad individual. Una versión más moderada, en cierto sentido conciliadora entre ambos modelos, sería la representada por el Neocorporatismo que aboga por la solución liberal de menos Estado y más pluralismo de una sociedad autogestionada desde sus colectivos (Schmitter, 1979), en la que el sujeto no sería el voluntario desideologizado, pero tampoco el Estado ejercería activamente la función de compensación de las desigualdades.

Junto a estos dos discursos podemos detectar un tercero que se centra más en los valores de orden y estabilidad que en los de rentabilidad económica y crecimiento de la riqueza. Se propone la participación como vía de integración social neutralizadora de cualquier potencial disruptivo de la juventud. Desde esta perspectiva las políticas de juventud y la progresiva centralidad atribuida a las mismas responde, en parte, a la sensación de riesgo que inicialmente produjeron las movilizaciones juveniles de las décadas sesenta-setenta, en las que se detectó un importante potencial de desorden y contestación y que extendió la imagen del *joven rebelde*, imagen que se refuerza ante brotes de violencia o comportamientos disruptivos de cualquier orden (Feixa, 1998; López Riocerezo, 1970). Es decir, desde esta línea de lo que se trata es de conseguir que los jóvenes se integren en la sociedad (no precisamente en la sociedad adulta dado que no se les brindan posibilidades reales para hacerlo, sino en una *ad hoc* para ellos) como forma de evitar conflictividad social. Los objetivos son el control y la supervisión, el orden y la estabilidad con intención de desactivar, o atemperar, cualquier posible riesgo de espontaneidad no prevista. Este discurso sustenta una línea dura de actuación de las autoridades ante comportamientos o grupos violentos. Pero, también, ante actitudes y actividades que son tan sólo alternativas, disconformes, que aun sin actuar con violencia son percibidas por las autoridades políticas como “desordenadas” y consecuentemente reprimidas, convirtiendo a sus protagonistas en sujetos y grupos estigmatizados, que resultan invisibilizados al extender de ellos una imagen pre-delictiva que genera rechazo. Son, por tanto, negados en su capacidad de comunicación pública. Es el caso, de grupos del Movimiento Autónomo u

otros colectivos antisistema, a los que no se reconoce su capacidad creativa o su derecho a la contestación pacífica y se les asimila a colectivos violentos, creando a su alrededor un estigma y negando su potencial político.

El primer discurso busca en el joven el *sujeto político*; el segundo el *voluntario solidario*; el tercero intenta evitar al *joven peligroso*. Pretenden tres objetivos. El primero, obtener una mejor democracia, más y mejores demócratas, ciudadanos ética y políticamente responsables. El segundo, conseguir mayor atención y asistencia social, pero también, garantizar trabajo no remunerado que abarata tanto la asistencia como la formación ya que el voluntariado se convierte en una vía de cualificación profesional. Y, el tercero, buscar integración y cohesión social y evitar el conflicto controlando la capacidad de desorden de la vitalidad y la espontaneidad juvenil.

4. Participación versus Movilización

Llegados hasta aquí y para comprender mejor nuestro objeto de estudio podemos hacer una diferenciación entre participación y movilización. Participar es actuar, implicarse, formar parte de algo. Movilizar, incluye un aspecto dinámico, supone “poner en acto”, activar recursos, mover voluntades. Pueden entenderse como dimensiones (o aspectos) de un mismo fenómeno o como realidades relativamente diferenciadas. El concepto de participación no incorpora, necesariamente, elementos propositivos ni intencionalmente políticos, sino que puede ser avalorativo en términos políticos. Movilización, en cambio, nos lleva a imaginar una actividad con intención de influencia o presión social. Participación puede reducirse al cuidado de unos objetivos o intereses que se consumen “en” y se reducen “a” la interacción en el propio grupo. La movilización, en cambio, sitúa su actividad en un marco de diagnóstico y de pronóstico que conecta con un discurso valorativo de mas amplio alcance e ideológicamente diferenciado, y con sus actos pretende incidir en el ámbito público.

Para Charles Tilly (1978:69-72), la movilización es un aspecto nuclear de toda acción colectiva. Movilización es el proceso por el cual un grupo pasa de ser un conjunto de individuos pasivos a un grupo activo en la vida pública, lo que consigue gracias al control, articulación y gestión de sus recursos tanto humanos como materiales en la manera apropiada, al objeto de alcanzar las metas del grupo. Otros autores como Gamson (1990) o Klandermans (1997) resaltan los aspectos cognitivos, comunicativos e interrelacionales de la movilización y distinguen dos momentos: la creación de un consenso y la movilización (en el sentido de activación) de ese consenso. Gamson (1990:15) define movilización como la activación y la creación de compromiso para la acción en relación con una meta, que se concreta en la disponibilidad para actuar de manera efectiva, basada en pautas de lealtad entre los miembros y con los líderes de un grupo. Para Klandermans (1997) lo que permite la movilización es la construcción de creencias colectivas y la vinculación afectivo-emocional y pragmática de los individuos a las mismas, que ocurre cuando el descontento, la queja o la demanda particular se traducen en acción colectiva y demanda pública. Para este autor los procesos básicos que sostienen toda movilización son: la activación de redes preexistentes; la identificación de las audiencias potenciales (simpatizantes o próximos) de cada grupo; el diseño de marcos de acción colectiva convincentes y sugestivos capaces de obtener crédito, seguimiento y apoyo

del mayor número de seguidores posibles, así como el respeto de los oponentes y de las autoridades.

Para el ejercicio de la movilización tan importantes son los recursos materiales como los simbólicos: tan relevante es obtener locales como influir en las autoridades; conseguir financiación como intensificar y mantener el compromiso de los seguidores; preparar estrategias de comunicación que impacten en sus audiencias como ofrecer incentivos que intensifiquen la lealtad de los miembros; diseñar imágenes coherentes con su discurso que faciliten su reconocimiento desde el exterior como asegurar el equilibrio interno. Todos ellos, son aspectos que cada colectivo ha de aprender a gestionar de cara a obtener un lugar en el espacio público y conservarlo.

Un aspecto particularmente importante de la movilización, fundamentalmente tratándose de movilización juvenil, es la dimensión de la socialidad, entendiendo por tal las relaciones sociales de y entre los miembros. Podemos distinguir entre socialidad previa a la movilización y socialidad sobrevenida. Socialidad “previa” serán las relaciones, redes e intercambios anteriores y de algún modo causantes y facilitadores de la unión del grupo. Socialidad “sobrevenida” son las interacciones consecuentes o resultantes de las propias dinámicas acaecidas en el desarrollo de la acción colectiva. Otro rasgo a destacar en el caso de la movilización juvenil es la dimensión lúdica de las actividades. Aún cuando en unos colectivos es más acusado que en otros, el grado de espectacularidad, el recurso muy frecuente a la dramatización de los eventos y el carácter desenfadado o propiamente de fiesta en muchos casos es tanto consecuencia del dominante de edad joven en los colectivos, como una estrategia de reclutamiento cuando los grupos quieren conseguir adhesiones de este sector. Algunos ejemplos, como las manifestaciones del Día de la Mujer, o el día del Orgullo Gay o acciones de colectivos ambientalistas, o, simplemente, el carácter festivo de manifestaciones y encuentros de la mayoría de los grupos juveniles son consecuencia del intento de convertir la forma en que se manifiestan en una seña de identidad propia, en una imagen de sí mismos. En consecuencia, sus expresiones son significados que tratan de emitir mensajes destinados a un público (o públicos) concretos. Pero, junto a estos aspectos de tipo simbólico no cabe ignorar otros de tipo formal, como la dimensión organizacional de los colectivos, las relaciones internas entre los miembros y los sistemas de alianzas o conflictos que se establecen con otros grupos o con las autoridades en el ámbito de la politeya. Me refiero a los niveles de formalización de estas relaciones, al grado de espontaneidad o burocratización de los intercambios, que determinan tanto la marcha interna del grupo como sus relaciones con el exterior, su capacidad de impacto y sus posibilidades de éxito. La pervivencia de relaciones informales, o poco pautadas, o su eliminación condicionan los márgenes de actuación y definen los límites de los grupos.

Si señalamos la importancia de evaluar estos aspectos a la hora de interpretar y analizar proyectos juveniles de movilización / participación, no es sólo porque son factores condicionantes del éxito o mantenimiento de la acción, sino, también, porque de todo ello depende su presencia en el exterior, en la sociedad en la que surgen que los reconoce o no los reconoce, los acepta o los niega, los estigmatizan o los aplaude. En definitiva, y también, los ve o no los ve. Los aspectos simbólicos y los aspectos formales configuran las condiciones de plausibilidad de los proyectos y la permanencia de los grupos. La estética con que se presentan ante el público

adulto, la simbología de sus personas y de sus actos, son esenciales para la aceptación o rechazo que obtengan. Sus actividades y sus formas son sus cartas de presentación, sobre todo, si tenemos en cuenta que la imagen que se difunde está en buena medida depurada y construida por los medios de comunicación de masas. La estigmatización como estrategia de neutralización, la criminalización de algunas prácticas de las que, a veces, sólo se difunden los aspectos más negativos o controvertidos, son consecuencia de una descodificación (más o menos interesada) de lo que los colectivos transmiten, y que con frecuencia muestra una imagen distorsionada de lo que son y lo que representan.

En esta publicación buscamos sectores emergentes, es decir, núcleos de población juvenil que realicen una función social propositiva en términos de discurso y construcción de sentido, grupos y actividades que manifiesten intencionalidad de cambio y de influencia social. Es decir, planteamos que interesa estudiar prácticas de participación con dominante de movilización, y por ello, el fenómeno del voluntariado, por ejemplo, queda para otro lugar, dado que no presenta los rasgos que priorizamos.

5. Hacia dónde enfocar la mirada I: ¿Actores para una nueva política⁽⁶⁾?

En lo que sigue pretendo indicar cuáles son los proyectos y prácticas concretos con los que en este monográfico pretendemos contestar a la pregunta sobre la *posible creatividad política de la juventud*. Comenzando con los actores, entramos en el ámbito de los nuevos movimientos sociales. Se trata de un tipo de acción colectiva que se singulariza por su perfil temático no generalista, su carácter reivindicativo y su dimensión de denuncia. Los objetivos que persiguen se asocian al cambio social y cultural, en unos casos intentan transformar algún aspecto de la realidad (carácter proactivo) y en otros se oponen a algo que estiman inconveniente (carácter reactivo). Tratan de redefinir la realidad en aspectos genéricos (la democracia, la política) y/o concretos (el medio ambiente, la libertad sexual, etc.). Su carácter reivindicativo se expresa en que definen con mucha precisión lo que rechazan y lo que pretenden, es decir, aportan un diagnóstico un pronóstico y un marco de motivación bien elaborados. En el diagnóstico de situación muestran con claridad los agravios y la correspondiente atribución de responsabilidades. En cuanto al pronóstico proponen alternativas concretas y definidas. Y, en cuanto a la motivación pretenden cambios “de” sociedad, más que cambios “en” la sociedad. Frente a otras formas de acción colectiva cuya crítica puede ser parcial o circunstancial, los movimientos sociales, en especial los aquí seleccionados, cuestionan la estructura cultural y normativa de la sociedad.

Los movimientos que en los años sesenta-setenta del siglo XX llamaron la atención del mundo y llegaron a cobrar relevancia social, política y, finalmente teórica, fueron cristalización, catarsis y rampa de despegue de un tipo de acción política que trataba de diferenciarse de la regulada por los procedimientos estandarizados de la democracia al uso y que, sin ser históricamente nueva, sí inició un paulatino pero creciente protagonismo (Tilly, 1978; Tarrow 1994). Por primera vez en la historia la categoría social: edad, era en sí misma un factor de definición política. La juventud aparecía como sujeto histórico y político. Los nuevos movimientos sociales son prototipo de acción política juvenil, lo fueron en sus inicios y lo siguen

(6)

El término *nueva política* es utilizado por Hildebrandt y Dalton (1977) en el mismo sentido y para referirse a comportamientos similares a los que Suzan Berger (1979) denomina *antipolítica* y Barner y Kaase (1979) *política no convencional*.

siendo. Lo que los convierten en más atractivos para la población juvenil son su especificidad temática y su preferencia por prácticas no convencionales, fundamentalmente, manifestaciones y concentraciones. Ser joven y poseer un alto nivel educativo son precondiciones directamente asociadas con el activismo en estos colectivos y, en general, con la acción de protesta ((Kitschelt,1992; Rutch, 1992; Kriesi, 1993; Laraña, 1999).

Algunos estudios como los de Kriesi (1993) y Norris (2003) demuestran que la correlación entre jóvenes y movimientos sociales que era muy clara en los sesenta y setenta hoy es más dudosa. Sin embargo, creo encontrar explicaciones que, aún aceptando la subida de la edad media de sus miembros o el relativo envejecimiento de los colectivos, no afecta al argumento del mayor atractivo de estos grupos para la población juvenil. De los datos de Kriesi (1993:189) se puede deducir que la media de edad ha aumentando en los movimientos sociales clásicos que son los que él estudia -el ambientalista y el pacifista principalmente- porque están acusando el efecto “generación” por encima del efecto “ciclo vital”. Es decir, las generaciones que fueron jóvenes en aquellas décadas presentan una idiosincrasia indiscutible, son *la generación contestataria* que mantiene unos niveles de progresía en los valores y una preferencia por la acción directa aún en la cincuentena o más allá, muy por encima de lo esperable en su grupo de edad. Esto supone que a la vez que estas generaciones van madurando la media de edad de los grupos, de los que no se van, aumenta con ellos, incluso aunque otros jóvenes también se unan; lo que no significa que los jóvenes participen hoy menos en estos colectivos en términos absolutos, pero sí se ve mermado su protagonismo en términos relativos. Por otra parte, lo que a principios del siglo XXI denominamos movimientos sociales es diferente de lo que por tal se trataba en los estudios sobre activismo de aquellos años. Al incluir los movimientos de solidaridad, no diferenciamos los clásicos activistas reivindicativos de los activistas de asociaciones humanitarias (muy próximas, muchas veces, a colectivos de caridad), cuyos miembros se acercan más al filántropo de carácter cristiano (no particularmente joven) que al revolucionario de carácter político (previsiblemente más joven). Mi hipótesis es que cuando hoy se realiza una investigación de este corte no se está estudiando el mismo tipo de grupos que estudiaron McAdam, Kriesi, o Morris. Esta hipótesis se refuerza si aislamos los movimientos que podemos considerar más contestatarios como el Antiglobalización o el Movimiento Autónomo, similares en su dimensión crítica-radical a lo que entonces podían ser el pacifista o el ecologista; colectivos en la línea de la “nueva política, antipolítica, política no convencional (7)” con la intencionalidad transformadora de aquellos. En ellos los jóvenes sí son los protagonistas.

Pero nos interesa llegar más allá de lo que son “miembros o activistas de movimientos”. Conviene incluir también otro tipo de participación más fragmentario, discontinuo e inestable, de jóvenes que no sintiéndose “miembros” siguen sus convocatorias. No ha de ser despreciado ese otro tipo de implicación por su inestabilidad, sino que ha de ser contemplado y analizado aunque su activismo sea diferente del que protagonizan los asiduos. Son jóvenes que sintonizan con una gama de causas y actúan vinculándose y desvinculándose y cuya participación permite dibujar distintos diseños de la protesta. Las posibilidades de las nuevas comunicaciones telemáticas que permiten la vinculación efectiva sin relación personal directa favorecen este tipo de vínculos “des”vinculados, producto,

(7) En cuanto a los proyectos que entran dentro del ámbito de la denominada “nueva política o “antipolítica” ver (Funes, 1995 b.)

también, de pautas de reclutamiento que amplían y diversifican las audiencias, los simpatizantes y las formas de seguimiento. En tanto que fenómeno social puede ser tan relevante esta forma de participar como el seguimiento por parte de “los hijos”.

6. Hacia dónde enfocar la mirada II: El atractivo de ciertas prácticas... ¿y la política?

Pero, si de lo que se trata es de no perder de vista ni descuidar el análisis de aquello en que los jóvenes son una población relevante, no podemos atender sólo a tipos de grupos sino, también, a tipos de prácticas relacionadas con la movilización. Las prácticas expresivas y muy especialmente las manifestaciones resultan más sugestivas para este sector de población que para cualquier otro. Exteriorizar, compartir, y manifestar lo que piensan y en lo que creen adquiere mayor atractivo cuando puede realizarse en un lugar público y se rodea de un grado de espectacularidad y publicidad. A nadie extrañará que en las encuestas consultadas en las que se pregunta por diversas prácticas políticas, los jóvenes aparezcan con los índices más altos en el *item* “asistencia a manifestaciones” (Ferrer, 2005). Una investigación (8) dedicada a estudiar formas y sentidos de la movilización juvenil permite añadir información cualitativa a los datos estadísticos que encontraremos en artículos posteriores. Durante los años 1999 y 2000, un equipo de investigadores estudiamos mediante observación participante varias manifestaciones de corte feminista, ambientalista y de solidaridad y realizamos grupos de discusión con sus protagonistas. El material empírico resultante arroja pistas sobre lo que estimulaba la asistencia de los jóvenes a estos actos.

La dimensión lúdica de los acontecimientos, el desarrollo de la socialidad y su carácter convivencial, la catarsis derivada de la dramatización de los problemas, la sensación de protagonismo derivada de manifestarse públicamente, el ser mirados, vitoreados o censurados pero indefectiblemente mirados, por los otros ajenos (los que pasan por la calle) y por los propios (los que van conmigo en la marcha), asegura una sensación de centralidad y reconocimiento muy estimulante. Junto a ello, la actividad en la calle, el lugar de lo público por excelencia, garantiza algún tipo de repercusión social, tanto a nivel social como mediático. En un lugar público es más previsible obtener la atención de los medios de comunicación de masas y con ello se difunden sus proyectos, reivindicaciones y su modo de ver el mundo. Demasiadas veces descubren que la imagen que de ellos se distribuye poco tiene que ver con la que pretenden de sí mismos, pero, en todo caso, les permite existir más allá de las redes cerradas y minoritarias en las que se mueven cotidianamente. El lugar seleccionado en el que se manifiestan, condiciona los comportamientos; el propio hecho de elegir una calle, una plaza, u otra, uno u otro recorrido, añade significados que determinan una específica decodificación del acto en su conjunto. Así mismo, los actores y su ubicación en el orden de la marcha, las paradas, los lugares de las mismas y las actividades que realizan, la interacción con el entorno y con lo que van encontrando y ante lo que reaccionan en función de un juego de reciprocidad mutua, todos ellos son elementos de significado que construyen el mensaje final. El análisis dramático de Goffman (1974, 1993) ayuda a comprender los significados derivados de estos aspectos y a entender las actividades como representaciones escénicas. Es un actuar “ante otros” en unos escenarios diseñados con unas reglas precisas sobre la

(8)
Estudio CICYT SEC99-0372,
titulado: *Socialidad,
participación y movilización.
Nuevas formas de construcción
social de la identidad y el
sentido*. Dirigido por Alfonso
Pérez-Agote.

interacción de los actores entre sí y de éstos con los espectadores. La representación lúdico festiva busca intensificar su capacidad comunicativa y, por tanto, redimensiona sus posibilidades de influencia y éxito social.

Aún cuando la mayoría de los aspectos identificados son tan importantes en la población juvenil como en el resto, concretamente la dimensión lúdica, dramatúrgica y de socialidad son centrales entre la juventud. No siempre buscan reconocimiento ni aceptación general sino que a menudo hay un intento de provocación y de distinguirse de otros, de marcar las diferencias. En muchas ocasiones, desean tanto ser aceptados como rechazados por según qué públicos, porque es en este juego de interacciones simbólicas en el que construyen su identidad como individuos y como grupos. Por todo ello, estos actos no son actividades neutras o indiferentes a su causa sino que forman parte del núcleo central de su experiencia. Muchos quieren ser vistos precisamente para marcar las diferencias entre ellos: los activos, comprometidos, alternativos, y los otros “los que miran” los pasivos, los integrados. Distinguirse de los que les ven, aprovechando que les ven, porque distinguirse es definirse. Las formas de vestir, las proclamas, pancartas o canciones, muchas veces son discriminatorias y quieren resaltar su carácter de minoría. Se dirigen a un público muy selectivo con el que desean sintonizar, tanto como extremar su diferenciación de quienes se quieren alejar, provocando de algún modo esa estigmatización que a veces revierte en problemas operativos. Un aspecto muy relevante de este tipo de actividades es su función como lugares de aprendizaje de lo político, de socialización en el compromiso y el sentido crítico, del ejercicio del cuestionamiento y el activismo de la protesta.

Pero siguiendo en la dimensión de las prácticas que atraen a la juventud y que presentan vínculos de relación con la actividad política de la movilización, no puede faltar una reflexión, aunque sea meramente indicativa sobre lo que el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación está suponiendo en el sector juvenil y las posibles relaciones con su vida política. Diversos estudios demuestran la mayor afinidad de la población juvenil por este tipo de comunicación y la centralidad que ocupan en sus vidas. La red permite expandir, incrementar e intensificar prácticas de movilización ya existentes, y es un instrumento de mucha utilidad y altísimo impacto para la reivindicación y la protesta. Pero, además de transformar o intensificar las posibilidades de lo ya existente hay que plantearse hasta qué punto estas vías de comunicación pueden facilitar pautas nuevas de acción política. El ciberespacio sortea las barreras espacio temporales y anula las distancias geográficas y, al menos hasta el presente, favorece la horizontalidad en términos de poder. Según esto sí se puede pensar en prácticas políticas distintas: no territorializadas y no jerárquicas. Es mas, no podemos restringir la reflexión a la vía internet, mucho menos pensando en los jóvenes. El teléfono móvil que se ha convertido en elemento central de la comunicación juvenil añade una dimensión adicional a la interacción que a través de él se realiza. El teléfono móvil es lo que Lasen (2004) denomina “una línea caliente”, ya que los mensajes transmitidos expresan relaciones de afectividad y cotidianeidad. Afectividad por que la mayoría de los mensajes emitidos a través de móviles provienen de personas próximas o muy próximas entre la juventud; y cotidianeidad por que están presentes de manera constante y casi ininterrumpida en la vida diaria. El incremento constante de su uso, aumenta la capacidad de convocatoria y de reclutamiento de los grupos, y la expansión y repercusión de las acciones,

como se ha visto en casos recientes (9). Por tanto, incrementa la respuesta ante prácticas ya existentes y permite plantearse si una comunidad mejor sintonizada pudiera ser una comunidad mejor organizada.

¿Podríamos pensar que el constatado interés de los jóvenes por estos dos instrumentos, el teléfono móvil y la comunicación a través de internet, que incuban tan amplias potencialidades políticas, puede estimular o transformar las prácticas políticas entre los jóvenes?. Su predilección por los chats, las listas de correo, los foros de discusión a través de los que intercambian opiniones entre sus próximos y con sujetos nunca imaginados, puede quedar del lado de la comunicación meramente personal o propiciar una mayor formación y activación política. Dejo abierta la pregunta y propongo para las respuestas esperar a los trabajos que encontraremos mas adelante.

Quedan planteadas en este artículo preguntas y vías de reflexión sobre las que se profundiza en los trabajos que se presentan a continuación, donde sus autores analizarán cada una de las líneas de acción pergeñadas. En cada caso, un material empírico específico servirá para que las respuestas a la pregunta que guía este número de la revista: *la posible creatividad política de la juventud* no sean tan sólo especulaciones en el vacío. Cada lector hará su propia evaluación, una vez examinadas conductas y comportamientos que son habitualmente poco explorados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Alonso, Luis Enrique y Jérez, Ariel** (1997). "Hacia una politización del Tercer Sector" en Ariel Jerez (Cord.) *¿Trabajo voluntario o participación?* Madrid: Tecnos; págs: 209-255.
- Anduiza, Eva** (1999). *¿Individuos o sistemas? Las razones de la abstención en Europa Occidental*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Anduiza, Eva** (2001). *El comportamiento electoral de los jóvenes españoles en las elecciones generales*. Instituto Nacional de la Juventud.
- Anduiza, Eva y Bosch, Agustí** (2004). *Comportamiento político y electoral*. Barcelona: Ariel.
- Aranguren, José Luis** (1961). *La juventud europea y otros ensayos*. Madrid: Seix Barral.
- Aries, Philippe** (1990). *El niño y la vida familiar en el antiguo regimen*. Madrid: Taurus.
- Ariño, Antonio** (2003). "Asociacionismo heterogéneo, voluntariado diverso" en *Jóvenes, Constitución y cultura democrática*. Instituto Nacional de la Juventud; págs: 173-192.
- Baer, Alex; López, Laura; Francescutti, Pablo; García Madaria, José** (2004). "Terrorismo, política y nuevas tecnologías. Consumos mediáticos y estrategias comunicativas de los jóvenes durante la crisis del 11 de Marzo". Congreso español de Sociología. Alicante.
- Barber, Benjamín** (1984). *Strong Democracy: Participatory Politics for a New Age*, Berkeley, Ca.: University of California Press.
- Barner y Kaase** (1979). *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*. Sage Publications.
- Beck, Ulrich; Giddens, Anthony; Lash, Scott** (1994). *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza: Madrid.
- Berger, Suzanne** (1979). "Politics and Antipolitics in Western Europe in the Seventies" en *Daedalus* nº 108 (2); págs: 27-50.
- Della Porta, Donatella** (1990). *Biographies of Social Movements Activists: State of the Art and Methodology Problems*. Comunicación presentada en la reunion de ECPR, Bochum.
- Feixa, Carles** (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Ferrer, Mariona** (2005). "Participación política" en Torcal, Mariano; Morales, Laura y Pérez-Nievas, Santiago: *España: sociedad y política en perspectiva comparada*.
- Funes, María Jesús** (1995 a.). *La ilusión solidaria. Las organizaciones altruistas como actores sociales en los regimenes democráticos*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Funes, María Jesús** (1995 b.). "Política y Antipolítica" en *Sistema* 129, págs: 121-133.

(9)

En relación con la importancia de los teléfonos móviles para la movilización, véase Lasen (2004), y, en concreto su uso para la convocatoria de manifestaciones véase, Baer, y otros 2004).

- Funes, María Jesús** (2006). "La experiencia de la acción colectiva", en Font, Joan; Montero, José Ramón y Torcal, Mariano. *Ciudadanos, asociaciones y participación política en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. (En prensa).
- Gamson, William** (1990). *The Strategy of Social Protest*. Wadsworth Publishing Company.
- Gillis, John R.** (1981). *Youth and History. Tradition and Change in European Age Relations, 1770-present*. New York Academic Press.
- Goffman, Erving** (1993). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu: Buenos Aires.
- Goffman, Erving** (1974). *Frame Analysis. An Essay on the Organization o Experience*. Boston: Northeastern University Press.
- Hayek, F.** (1960). *The Cosntitution of Liberty*. Chicago.University of Chicago Express.
- Hildebrandt y Dalton** (1977). "Die nue politik" en *Politische Vierteljahrschrift* 18, nº 2-3.
- Hirschman, Albert** (1986). *Interés privado y acción pública*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kimlynka, W.** (1995). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós.
- Kitschell, Herbter** (1992). "Los nuevos movimientos sociales y el declinar de la organización de los partidos" en Dalton, Russell J. Y Kuechler, Manfred (Eds.) *Los nuevos movimientos sociales*. Valencia: Alfons el Magnanim; págs: 247-286.
- Klandermans, Bert** (1997). *The Social Psychology of Protest*. Blackwell Publishers.
- Kriesi, Hanspeter** (1993). *Political Mobilization and Social Change*. Avebury.
- Laraña, Enrique** (1999). *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza.
- Lasen, Amparo** (2004). "Smart Mobs': Seattle, Argentina, Filipinas, Kenia, Nigeria, Corea del Sur, Madrid... de como los móviles mediatizan la movilización de masas". Ponencia presentada en el VIII Congreso Español de Sociología. Alicante.
- Lopez Riocerezo** (1970). *Problemática mundial del gamberrismo y sus soluciones*. Madrid: Studium.
- Maravall, José María** (1978). *Dictadura y disenso político*. Madrid: Alfabuara.
- Mateos, Araceli** (2001). *El comportamiento electoral de los jóvenes españoles*. Madrid: Instituto Nacional de la Juventud de España.
- McAdam, Doug** (1988). *Freedom Summer*. Oxford University Press.
- McAdam, Doug** (1998). "Orígenes conceptuales, problemas actuales y direcciones futuras" en Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín. *Los Movimientos Sociales: Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta; págs: 89-110.
- Megias, Eusebio** (2005). *Jóvenes y política*. Madrid: INJUVE.
- Morales, Laura** (2005). "La participación en asociaciones" en Torcal, Mariano; Morales, Laura y Pérez-Nievas, Santiago. *España: sociedad y política en perspectiva comparada*. Valencia: Tirant lo Blanch; págs: 237-258.
- Morris, Aldon D.** (1984). *The Origins of Civil Rights Movement*. The Free Press.
- Norris, Pippa** (2003). "Young people and Political Activism: From the Politics of Loyalties to the Politics of Choice" *From Loyalties to Choice?* Harvard University.
- Offe, Claus** (1990). *Contradicciones del Estado de Bienestar*. Madrid: Alianza.
- Pastor, Jaime** (1998). "La evolución de los nuevos movimientos sociales en el Estado Español" en Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín. *Los Movimientos Sociales: Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta; págs: 69-88.
- Pateman, Carol** (1970). *Participation and Democratic Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pérez Díaz, Víctor** (1993). *La primacía de la sociedad civil*. Madrid: Alianza.
- Rohrschneider, Robert** (1999). *Learning Democracy: Democratic and Economic Values in United Germany*. Oxford University Press.
- Rucht, Dieter** (1992). "Estrategias y formas de acción de los nuevos movimientos sociales" en Dalton, Russell J. Y Kuechler, Manfred (Eds.) *Los nuevos movimientos sociales*. Valencia: Alfons el Magnanim; págs: 219-246.
- Schmitter, Philippe y Lembruch, G.** (Eds.) (1979). *Trends to Corporatist Intermediation*. Beverly Hills. Sage Publications.
- Tarrow, Sidney** (1989). *Democracy and Disorder. Protest and Politics in Italy , 1965-1975*. Oxford University Press.
- Tarrow, Sidney** (1997). *Poder en movimiento*. Madrid: Alianza.
- Tilly, Charles** (1978). *From Mobilization to Revolution*. New York:McGraw-Hill Inc.
- Wallace, Claire; Spanring, Reingard; Herpfer, Christian** (2003). "Jóvenes ciudadanos: la integración política y social de la juventud en Europa Oriental y Occidental". en Benedicto, Jorge y Morán, María Luz (Eds.) *Aprendiendo a ser ciudadanos*.